

llegaron a sumar cerca del millón y que tuvieron que emigrar en los 34 años de dictadura stroessneriana, da al país un tono de patria recobrada, donde, por ello, es posible no sólo la reconciliación sino la posibilidad de iniciar una nueva andadura que le permita situarse en un futuro emprendedor. Hombres como Augusto Roa Bastos, que durante tantos años, han puesto de relieve las carencias de semejante país son ya parte de su historia, pues gracias a ellos, el mundo pudo conocer el cerco de silencio a que se le sometía y lograr que, tal vez ahora, la luz pueda alumbrar ríos y valles, pueblos y ciudades.

III

La historia del pueblo de Itapé, que relata Roa Bastos, se nos asemeja a la propia del Paraguay. Solo empezó a tener vida cuando se tendieron las vías del ferrocarril, primero porque el trabajo que ella supuso era trabajo para los itapeños y cierta prosperidad para el entorno, después porque se convirtió en lugar de paso, que permitió la entrada de noticias y productos hasta entonces desconocidos. «Ahora los trenes pasan más a menudo. Hay una estación nueva y un andén de mampostería, que ha acabado por tomar otra vez el color de antes. Un ramal conduce a la fábrica de azúcar que se ha levantado sobre el río, no lejos del pueblo. Frente a la estación están los depósitos de una bodega y las tiendas de los turcos hacen doler los ojos con sus paredes que parecen bañadas en cal viva. La iglesia nueva recubre los muñones de la antigua. Los velones negros de los cocoteros han sido talados. El campanario también. En su lugar han puesto palcos y un entarimado para las funciones patronales, el día de Santa Clara». Esta prosperidad no hace más que encubrir la situación de graves carencias que sufre un entorno aferrado a ciertos aspectos religiosos, como es la procesión en torno al Cristo del cerro, que aparece así apartando de los hombres otros deseos de verse redimidos de la pobreza y refugiándose en las creencias ultraterrenas a fin de no reconocer su situación miserable y angustiada. En este escenario es en el que Macario va contando la historia del pueblo, primero rememorando la vida y muerte de su sobrino leproso, Gaspar Mora, aquel que, en su agonía, se construyó un Cristo de madera para, al menos, tener ocupación y compañía, y más adelante implicando a todo el pueblo en dar posteridad a la imagen, pese a la oposición del cura. «Es la obra de un lazamiento. Hay peligro de contagio. La Casa de Dios debe estar siempre limpia. Es el lugar de salud...». Ello viene a ser reflejo de la violencia que atenaza a los lugareños, ajenos a las alegrías del acomodo, y luchando simplemente por implantar sus propias creencias frente a los poderes, en este caso el de la Iglesia, en medio de un desierto de escaseces totales.

Pero si la lucha por defender el Cristo del leproso supone una confrontación tal vez exagerada, con instigaciones para continuar un futuro de rencillas, «Después de mi ida, esa imagen debe desaparecer. No quiero fomentar la idolatría entre mis fel-

greses...», la crispación desaparecerá cuando se consigue un oasis de libertad al reunirse los itapeños junto a su Cristo, obra del leproso Gaspar, y proclamar que «el hombre tiene dos nacimientos. Uno al nacer, otro al morir... Muere pero queda vivo en los otros, si ha sido cabal con el prójimo». Es tal vez el último triunfo de Macario Francia. «Una mañana de invierno, lo encontraron duro y quieto sobre la helada, entre sus guñapos blancos, al pie del cerrito».

Es, posteriormente, la historia del doctor forastero que llega al pueblo curando a la hija del sepulturero y a otros itapeños, la que más nos acerca a ese mundo cerrado, sólo comunicado por el desvencijado tren con un exterior siempre quimérico y falto de alternativas para quienes se ven obligados a un exilio interior pocas veces superado. Y serán las estaciones por las que va deambulando el trencito como los períodos que se ven obligados a recorrer los itapeños en su busca de un lugar de mejor acomodo, encontrándose en el camino todo tipo de iniquidades y de violencias, como si de un perfecto calvario se tratara y en cuyas orillas van quedando las ilusiones truncadas, los deseos de libertad, los amigos y hasta las ruinas circundantes, menos mal que el final del viaje todavía promete algún pequeño paraíso para quien nada posee. «De aquel viaje, de aquel cruce en el alba sobre la revuelta salamanca, de todo lo que hasta allí había sucedido, nada recuerdo tan bien como la llegada a Asunción». Meta de un sosegado recuerdo, aunque no, todavía, eslabón efectivo para un perfecto acomodo.

Sin embargo, en el cuarto capítulo, «Éxodo» (una verdadera novela dentro de la novela), el que va a identificar la intención del relato de Roa Bastos, donde aparecerá de una manera más vehemente ese cruel patetismo de un pueblo acosado por enemigos interiores tan feroces como la incultura, los odios más miserables, el abandono a su propia suerte de los más desheredados, la atrocidad de la miseria horrenda y de la enfermedad que nadie intenta siquiera curar o la injusticia social disfrazada de bandería política o interesada violencia.

«Casiano Jara y su mujer Natividad llegaron a Takuzú-Pukú en un de los arreos de hacienda humana que hicieron los agentes de La Industrial, un poco después de aplastado el levantamiento agrario del año 1912, aprovechando el desbande de los rebeldes y el éxodo de la población civil». Poco después de casarse, el marido se ve envuelto en una rebelión, «Natí se hallaba entre el gentío que se había reunido en la estación para despedirlo al grito de «Tierra y libertad». Tras el fracaso y la masacre subsiguiente, huyen hacia «los montes del Guairá, desesperados y hambrientos». Su huida es algo no sólo patético sino infinitamente desolador. Malheridos por los campos, cubriéndose en el fango de los pantanos, salvando los ríos ya sin fuerzas y sabiéndose acosados continuamente, deambulan por serranías y valles, siempre perseguidos de cerca por los represores: En su larga huida, Natí advierte su próximo parto al tiempo que a Casiano le consume la fiebre. Toman partido por aquellos que les admiten en su compañía, aunque enseguida caerán en poder de quienes tratan de coartar su llegada a lugar seguro, no tanto por la implicación política de su andadura como por el egoísmo venal de ser deseada la mujer, por un comisario repugnan-

te: «Jara, me gusta tu mujer. Te doy por ella 300 patacones...» Todo, y fundamentalmente, les impulsa a seguir juntos, a buscar una salida a la situación maldita en que se encuentran. La persecución, entonces, se hace más violenta, más dramática. Ya ha nacido el niño y cada paso que dan con él puede ser el último. Los perseguidores son implacables, crueles, perfectas alimañas en busca de los vencidos y sin darles tregua, todo lo cual supondrá una especial tragedia para quienes sólo poseen los caminos, el hambre y la enfermedad. Acosados por hombres armados, por perros y por todas las calamidades, al fin, Casiano y Natí lograrán salir de aquel encierro gracias a la misericordia del cielo y de una carreta renqueante que les conducirá a su libertad. Esta odisea es la configuración misma de todo el pueblo que se ve apresado por las circunstancias y que, al ser víctimas de ellas, lucha contra entes terribles, donde sólo cuentan la crueldad y la ruindad de los perseguidores, porque ni el cielo les dará cobijo en esa huida hacia ninguna parte. Son las fronteras de los pobres, no dibujadas en ningún mapa y que, por ello, les frenan cualquier paso hacia su posible libertad. Son las arenas movedizas que obstaculizan las huidas y recortan las posibilidades de hallar una salida para quienes se sienten atrapados por la soledad y la enfermedad, por la desidia y los odios menos explicables. Son las memorables trampas que las dictaduras sitúan entre los súbditos y el poder para componer una geografía gris y lamentable donde sólo sea dado el vivir bajo el influjo del sistema opresor y no bajo la sensación de tener unas leyes dignas y unos derechos igualitarios para todos. Es así como los hombres tratarán de ganar el otro lado de ese pozo profundo que es la ambigua soledad del esclavo y llegar al horizonte claro en que los hombres libres puedan hermanarse bajo un mismo sol.

Pero además, es aquí donde comienza la historia de Cristóbal Jara, el hijo de Casiano y Natí que, primero en constantes rebeliones contra ese poder despótico y vilipendiante y, después, en lucha contra los bolivianos, entregará su propia vida al ideal de la libertad y de los condicionantes de su situación. Nace pobre, ya desheredado, y pobre se entrega a esa lucha sin tregua que consiste en buscar los caminos rectos de la tierra para todos y la hermandad ante tanta desolación como su propio entorno le ofrece. Pero no sólo es su afán de obtener un lugar de comodidad para sí y para quienes sufren esa situación desesperanzada, sino que Cristóbal Jara obrará a impulsos de su propia resolución: no existe barrera que pueda permanecer en pie si esa barrera es capaz de limitar un solo derecho de los hombres y mujeres que, como él, nada tienen aunque aspiren a lograr futuros de paz siempre deseados y que han de serles arrebatados por la fuerza a sus detentadores abominables y perversos. Es la historia de un hombre solo contra la adversidad, pero siempre animado por los suyos que estimularán el forcejeo que hace posible ese enfrentamiento contra un presunto coloso que, aunque con los pies de barro, es dueño de los medios y las armas capaces de hacer callar al pueblo miserable.

Al fin, el antiguo sargento Casiano Jara convierte el viejo vagón, que causara tanta mortandad en la época revolucionaria, en su hogar. Allí convive con su esposa Natí